

más de causar muchos destrozos en las del enemigo, una sola piedra lanzada muy á propósito aplastó algunos Emires de un solo golpe. El sultan, mientras simulaba ataques, asaltos y otros ardides, hacia trabajar asiduamente en la abertura de una mina, por medio de la cual logró derribar la torre principal llamada Jospéron, y entonces los Hospitalarios desesperando poder conservar ya la plaza, propusieron rendirse con la condicion de salvar sus vidas y de la guarnicion, asi como todas sus riquezas. El sultan rechazó su propuesta y se continuó el ataque y la defensa que puede decirse era desesperada, y al cabo de poco repitieron capitular, siendo salvas sus vidas, saldrian de la plaza sin armas pero con el permiso de llevarse algunos efectos. El sultan admitió estas condiciones, considerando las enormes pérdidas que hubiera experimentado si se hubiese obstinado en tomar Margat por asalto (1).

Los Hospitalarios salieron de la plaza, y el Sultan mandó arrasarla para quitar toda esperanza de fortificarse otra vez, en conyunturas más favorables para los cristianos.

Asi las fuerzas de los caballeros orientales iban todos los dias disminuyendo, merced á tantos reveses, infortunios y desgracias; pero, no disminuía ni decrecía la reputacion y crédito de que gozaban en otra parte, y es digno de notar que en este año, primero del reinado de Felipe el Hermoso, los Templarios no eran menos considerados en esta época en la corte de Francia, que en el pasado.

El Preceptor del Temple de Paris tenia asiento en el Parlamento, con los señores, obispos y otros prelados. Segun Tillet, (2) Fr. Juan, Templario, estaba presente en el juicio que se tuvo contra Carlos de Anjou, con motivo del condado de Poitiers. En la lista del palacio real de Felipe el Atrevido, se encuentra el Maestre Gaufrédo del Temple entre los que debían habitar en el aposento donde se guardaba el tesoro real, y parece que es el mismo Templario que en otra parte es llamado Concejero, y receptor del dinero real (3).

En cuanto á exenciones, las dos Órdenes las gozaban de ordinario; sin embargo, por poco que se excediesen, los Prelados tenían gran cuidado de reclamar contra el abuso, y debe notarse que reclamando, no olvidaban jamás de reconocer las concesiones hechas, ó, mas bien confirmadas, á los caballeros, por el concilio de Letran. Tenemos pruebas de ello, en los estatutos sinodales de las Iglesias de Cahors, Rodez, Tulle y Nimes (4).

(1) De Guignes Hist. general de los Hunos, tom. 4, pag. 159.

(2) Registro de los rangos pag. 34.

(3) Thesaur. anecdot. tom. 1, col. 1205.

(4) Thesaur. anecdot. tom. 4, col. 751, 758.—1060.

Apesar de las súplicas de la diputacion, nada fué capaz de ablandar el corazon del Sultan, y se retiró con la triste perspectiva del desastre que amenazaba á Tolemaida. No habiendo esta podido ó querido pasar por lo que pretendía el Sultan, desde luego se empezó á formar en el Cairo un ejército formidable para emprender la campaña, con el designio de exterminar los restos que quedaban de cristianos en la Siria. Algún historiador añade que esta campaña fué emprendida á excitacion de un renegado, llamado Sire Talima.

Una vez reunidas las fuerzas musulmanas que se hacen subir á 140,000 infantes y 60,000 caballos, Kelaoum salió del Cairo á la cabeza de dicho ejército en el mes de octubre de 1290. Durante la marcha, al hacer oracion en una mezquita, el Sultan fué atacado de una enfermedad repentina, que fué atribuida á un veneno propinado por un Emir, el cual fué ajusticiado por sospechas, y antes de fallecer fué reconocido por su sucesor Khatil su hijo, á quien hizo jurar que continuaria la empresa de exterminar á los cristianos, y no enterraria su cadáver hasta haber rendido á Tolemaida.

1291. El ejército del Sultan del Cairo, iba lentamente avanzando hácia el territorio de Tolemaida, ante cuya ciudad se presentó el 5 de abril de dicho año, para atacarla por tierra, pero antes de relatar el sitio y desastroso fin que cupo á esta célebre ciudad consideramos conveniente dar algunos pormenores relativos á ella. En primer lugar, faltaba desgraciadamente el elemento primordial de toda defensa: el dinero; en segundo lugar, los cristianos se hallaban divididos, y sin un jefe de bastante autoridad para hacerse obedecer de una porcion de cuerpos diferentes cada uno de los cuales tenia su cuartel especial, con sus correspondientes magistrados.

La ciudad se hallaba llena de chipriotas, venecianos, pisanos, florentinos, ingleses y sicilianos, aparte de los Hospitalarios, Teutónicos y Templarios, independientes todos los unos de los otros. El Legado, el Patriarca y el Clero se hallaban atrincherados en un cuartel especial, de manera que todos formaban un conjunto de habitantes capaces por cierto de defender ventajosamente la plaza, si hubieran estado compactos y unidos.

Pero la envidia campaba entre tantas naciones diferentes, y los intereses particulares les hacian sospechosos y odiosos los unos á los otros, y en lugar de concurrir al bien procomunal, bastaba que una nacion manifestara su parecer, para oponerse la otra.

Esta desgraciada ciudad cobijaba en su seno sus más crueles enemigos, y lo mas deplorable de todo era que la mayor parte de los soldados que componian la guarnicion, y tambien de los habitantes, se hallaban entregados á los vicios mas repugnantes y crímenes los mas odiosos; la



muerte, el asesinato y el veneno quedaban impunes, y los malvados hallaban fácilmente un asilo seguro en los otros cuarteles de la ciudad; la corrupcion, llevada al último esceso, habia enervado al soldado que ya no consideraba los crímenes mas espantosos sino como á debilidades humanas. Ya hemos visto como los jefes superiores del Temple, para apartar á sus súbditos del desenfreno y desbordamiento de costumbres de la ciudad, habian restablecido con grandes gastos el castillo de los peregrinos.

La guarnicion de Tolemaida se componia en esta ocasion de 18,000 hombres, muchedumbre confusa de gentes amontonadas de todo país, y, aunque de diferente clima, no habian mejorado de costumbres ni de inclinaciones perversas. No obstante, esta nueva Babilonia, despues de haber desatendido hasta entonces los prudentes consejos de las autoridades de la ciudad, y con sus desatentados atropellos comprometido los intereses cristianos, á la vista del inminente peligro que amenazaba, conocieron la imperiosa necesidad de un jefe experimentado que asumiese el mando superior de la plaza, á pesar de hallarse dentro de la ciudad Enrique II, rey de Chipre y Jerusalem, á quien de derecho tocaba el gobierno y la direccion de la defensa, sin embargo, los cristianos no hicieron caso de él, porque no le reconocian las dotes de valor é intrepidez, y, por lo tanto, incapaz de dirigir con acierto la defensa de aquella importante plaza, mayormente al tener ante ella á un enemigo tan formidable. En su consecuencia, prévia una junta general de jefes superiores fué elegido por unánime consentimiento por comandante y gobernador de Tolemaida Fray Guillermo de Belljoch, Gran Maestro del Temple, sin que el mismo rey de Chipre, ni ninguno de los demás señores y Maestros del Hospital y Teutónico, se considerasen ofendidos por semejante eleccion; ¡tan reconocida era la bravura y esperiencia militar de ese gran Capitan! Como el mar estaba libre á los cristianos, una de las primeras disposiciones del nuevo gobernador fué mandar embarcar á una gran cantidad de bocas inútiles, enviándolas á otra parte: muchos habitantes se embarcaron tambien con sus familias, unos buscando asilo en Chipre, y otros dirigiéndose á Grecia y á Italia.

Como una prueba del abandono completo en que iban á quedar para siempre los cristianos de Palestina, vamos á relatar el extraordinario acontecimiento que tuvo lugar durante el sitio de Tolemaida. Era en lo mas recio de los ataques por parte de los infieles, y de la heroica defensa de los cristianos, y mientras unos y otros demostraban su indómito valor, el cielo obraba uno de aquellos estupendos prodigios que forman época en los fastos de la Iglesia.

Era el 9 de mayo de 1291, en cuyo dia por ministerio de ángeles, tuvo lugar la milagrosa traslacion de la santa casa en la que se obró la Encarnacion del Divino Verbo, en las purísimas entrañas de la Santísima Vir-

gen Maria. Su traslacion fué de Nazareth á Dalmacia, entre Teosato y Fiume sobre el Adriático. La madre del emperador Constantino, santa Elena, que profesó gran devocion á la santa Casa y la decoró con magnificencia hizo colocar en su fachada principal esta inscripcion: *Esta es el ara en la cual se puso el fundamento de la salud del hombre* (1).»

Este suceso extraordinario parece dar á comprender que la posesion de la Palestina por los cristianos habia concluido, lo mismo que la época de las Cruzadas ya habia pasado; pues no cabe duda que, desde entonces, los príncipes no se ocuparon de la reconquista de la Tierra Santa, y lo que es mas sensible que, al sonar la hora de la desgracia, para la Orden del Temple, que siempre se habia considerado como el brazo derecho de las Cruzadas, dichos príncipes se aprovecharon de gran parte de sus despojos, para usos profanos, en vez de aplicarlos á la defensa de los Santos Lugares, á cuyo piadoso objeto habian sido destinados.

Ocupémonos del sitio. Durante mas de seis semanas las salidas eran frecuentes por parte de los sitiados, así como los ataques eran continuos por parte de los infieles; éstos contaban sobre 660 Catapultas, balistas y otras máquinas para batir la ciudad que hacian funcionar dia y noche sin intermision. Habian construido galerias y torres movibles, entre las cuales descollaba una tan extraordinariamente grande, que 100 carros apenas bastaron para conducir su armazon. Estos aprestos militares y el enjambre de enemigos que rodeaba á la ciudad, no podia infundir esperanza alguna de salvacion; no obstante, se procuró defenderla del mejor modo posible. A este efecto, el Gran Maestro del Temple dividió la guarnicion en cuatro cuerpos, señalando á cada uno el puesto que debia defender, la hora y el modo de relevar las fuerzas y su respectivo descanso.

El primer cuerpo se confió al mando de dos Señores de la mas distinguida nobleza, á saber: de Juan de Grelli, francés de nacion, y de Eudes de Granson, inglés.

El segundo cuerpo estaba á las órdenes de Enrique II, rey de Chipre, y del Maestro de los Teutónicos.

El tercer cuerpo estaba bajo la direccion de los Maestros del Hospital y de la Espada.

Y el cuarto cuerpo estaba bajo el mando del Gran Maestro del Temple y del Maestro de Sancti Spiritus.

(1) Esta primera traslacion tuvo lugar durante el pontificado de Nicolao IV, esto es el 9 mayo 1291. La segunda traslacion fue durante el pontificado de Bonifacio VIII, en 10 de diciembre de 1291, desde Dalmacia á Recanate (Italia).

La tercera en julio de 1295, en un bosque perteneciente á una señora llamada Laureta cerca de Ancona, por cuyo motivo desde entonces es llamada casa de Loreto.

•Breviario Romano.—Natal Alejandro.—P. Turselino.—Hist. Ecta.



Desde primeros de mayo hasta el 14, el Sultan redobló todos sus esfuerzos, atacando repetidamente á la plaza sin dejar un momento de reposo á los sitiados; no obstante, estos rechazaron siempre con ventaja al enemigo.

Al ver el Sultan la obstinada defensa, á fin de economizar la sangre de sus soldados, procuró tentar la fidelidad del jefe superior de la plaza, á su gobernador, es decir al Gran Maestre del Temple. A este objeto fué comisionado un jefe sarraceno ofreciendo al Gran Maestre, en nombre del Sultan, una suma considerable de dinero, con pactos honoríficos, si rendía inmediatamente la plaza. El Gran Maestre rechazó con indignacion semejantes proposiciones, mandando al emisario dijese al Sultan: «Que la divisa de la Orden del Temple era vencer ó morir, y nunca jamás cometer el deshonor y la infamia que le proponia.»

Merced á las numerosas máquinas de guerra que el enemigo hacia jugar contra la ciudad, logró derribar entre otras torres una que se llamaba la Torre Maldita considerada como la principal fortaleza de la plaza; luego de derrumbada aquélla, corrieron los sarracenos con precipitacion al asalto, y el Rey de Chipre que se hallaba en aquel lugar con sus fuerzas y teutónicos detuvo el ataque, pereciendo mucha gente en este lance, y seguramente los infieles se hubieran apoderado de aquel punto importante, si la noche no hubiese venido á separar á unos y otros combatientes. Previendo el Rey de Chipre que á la mañana siguiente era preciso volver al combate, porque los enemigos atacarían en mayor número, y temeroso de lo que podía acontecer, pidió á los teutónicos que ocupasen su puesto durante la noche, con el pretexto de descansar sus tropas, prometiendo volver á la madrugada para relevarles. Con esta indigna estratagemá dejó la brecha, y pasó al puerto embarcándose con 3,000, para dirigirse á Chipre, abandonando cobardemente á todos los ilustres Caballeros de las Órdenes, soldados y habitantes de aquella desgraciada ciudad.

A la mañana siguiente, los infieles volvieron á avanzar, para dar el asalto, y habiendo observado que el puesto de Lusignan no estaba defendido como de ordinario, acudieron de todas partes los mamelucos, decididos soldados del Sultan, subieron á la brecha, llenaron el foso con maderas, piedras y cadáveres, pasando á cuchillo cuanto se opuso, y con su gran multitud oprimieron á los teutónicos, penetrando más allá de las Barbacanas, es decir ya dentro de la ciudad. Considerándose ya dueños de ella, los gritos y aclamaciones de los vencedores, los lamentos y ayes de los vencidos advirtieron al Gran Maestre del Hospital que el enemigo se hallaba dentro del recinto, y al momento mandó á Fr. Mateo de Clermont, mariscal de su Órden que, á la cabeza de los Caballeros, cargase al enemigo. En efecto, el valeroso mariscal ejecutó lo que se le habia mandado, y en medio de la algazara que hacían los musulmanes cargó contra

ellos tan bruscamente que por tres veces consecutivas fueron rechazados y obligados á retroceder matando á muchos en estas retiradas, logrando la bizarría de dicho mariscal y bravura de los Hospitalarios acompañar á los infieles, con la punta de sus espadas, hasta la brecha, precipitando á muchos de ellos desde lo alto á los fosos.

En fin, el 18 teniendo el Sultan dispuestos todos los preparativos para un formidable asalto, ordenó que se diese por dos puntos diferentes: jamás hubo combate tan pertinaz: la brecha fué tomada y perdida varias veces á su vez por unos y otros; los infieles irritados de tanta resistencia, dirigieron todos sus esfuerzos contra la Puerta de San Antonio, en la que estaban los dos Grandes Maestres, cuya sola presencia parecía hacer invencibles á sus Caballeros. Aquí se combatió largo tiempo con ardor siempre igual: el choque era sangriento y mortífero y el terreno disputado con tanto encarnizamiento, que se luchaba cuerpo á cuerpo de modo que el combate general parecía convertido en desafíos particulares. Nadie conocía el peligro, habiendo faltado las flechas y los dardos á los cristianos, se valían de lanzas y mazas para herir á los infieles, deseando todos vencer ó morir; no obstante, la lucha era desigual, el punto peligroso y era poca la gente para su defensa; de ahí es que pocas esperanzas quedaban á los sitiados para poder resistir á las inmensas fuerzas que se agolpaban no solo en otros puntos de la ciudad, sino tambien en la Puerta de San Antonio, manifestándose el empeño del enemigo de apoderarse de ella á toda costa; como era evidente el de los cristianos por defenderla y conservarla á todo trance. Apesar de tanta intrepidez, valor y heroismo, en este infausto dia habia sonado la hora suprema de la total desgracia para los cristianos de la Palestina. La Europa que por espacio de 200 años de esfuerzos y sacrificios, habia fundado y sostenido el reino de Jerusalem, que habia luchado para hacer desaparecer la barbarie asiática, y acorrallar el islamismo en el desierto, como si su gigantesca obra se hubiese concluido, se dejó después arrebatada una tras otra por la cimitarra musulmana las conquistas de Godofredo de Bullon, de Ricardo, Corazon de Leon, y de Felipe Augusto. En vano el Papa Nicolás IV imploró el socorro á esa misma Europa, y suplicó á Reyes y pueblos cristianos; pero ¡oh dolor! el tiempo de los sublimes sacrificios habia pasado, el entusiasmo que habian engendrado las Cruzadas se hallaba adormecido, y los gemidos del Papado no tuvieron fuerza bastante para hacer desenvainar la espada ni á los reyes ni á los grandes para salvar la Palestina, es decir: el Santo Sepulcro del Salvador; porque las comodidades, los regalos de la vida de los palacios, y las pasiones les fascinaron y tuvieron para ellos más atractivo que el correr azares, peligros y honores de una guerra que, aunque Santa y piadosa, no la consideraron interesante ni para sus estados ni para sus fines particulares. Por la tanto, no es extraño que Tolemaida se hallase



en el extremo como la hemos visto, y en su último y desastroso fin, como vamos á ver.

La resistencia en la puerta de San Antonio fué sublime, allí pereció cubierto de gloria inmortal Fr. Mateo de Clermont, mariscal de los Hospitalarios, Caballero de heróico y temerario valor y muy querido de toda la Orden, después de haber rechazado por tres veces á los musulmanes que habian penetrado en la plaza; pero, viendo el Gran Maestre del Temple, que al enemigo no le importaba el número considerable de muertos y heridos que tenia fuera de combate, y que las fuerzas de la plaza disminuian á proporcion, en vista de los peligros que amagaban por todas partes, y del enjambre innumerable de enemigos que en tropel asaltaba la plaza, dirigiéndose al Gran Maestre de los Hospitalarios Fr. Juan de Villiers le dijo:

«Todo está perdido; es imposible sostenernos, á menos que atacando el mismo campo enemigo, halleis vos el medio de hacer alguna diversion que afloje su ardor, y nos dé tiempo para fortificar el puesto que defendemos.»

El Gran Maestre del Hospital partió inmediatamente á la cabeza de 500 caballeros, y saliendo por una puerta opuesta al ataque se lisonjeaba de sorprender el campo enemigo; pero el sultan durante el asalto, tenia montada su Caballería; de ahí es que, á pesar de sus vigorosas cargas y de sus prodigios de valor, envuelto por todas partes, se vió obligado á retirarse y entrar otra vez en la ciudad con algunas pérdidas. Durante la salida del Gran Maestre del Hospital, el del Temple hacia proezas de valor en la puerta de S. Antonio, al frente de sus caballeros, que se defendian como leones y hacian morder la tierra á los más atrevidos enemigos, cuando una flecha envenenada hirió mortalmente debajo el sobaco, á Fr. Guillermo de Belljoch Gran Maestre del Temple, cuya herida y muerte fué obra de pocos momentos y sembró el desaliento en las filas de los sitiados. El desconcierto que causó esta muerte fué espantoso entre los cristianos pudiendo entonces el mismo sultan y sus tropas entrar en la plaza pero por encima de montones de cadáveres, mezclados de Templarios y otros caballeros así como de sarracenos, y para hacer más horrible la escena, se pegó fuego á la ciudad, pareciendo tambien que el cielo tomaba parte en tan espantosa tragedia. Como si diera señal del fin á tan desastroso espectáculo, envió un furioso huracan acompañado de granizo, lluvia, y tinieblas que no eran iluminadas sino por el formidable incendio que devoraba á la ciudad.

No obstante, en medio de tantas calamidades, no se habia extinguido del todo el valor de los soldados. Los caballeros de las Órdenes corrian de una parte á otra animando el combate, y la resistencia en las calles fué terrible; el degüello, la desolacion y la muerte era general.

El Gran Maestre del Hospital, al saber la muerte del de Belljoch, y

que el enemigo se apoderaba de la ciudad, para salvar á los pocos caballeros que le quebaban, trató de ganar el puerto, aunque perseguido de cerca por el musulman, y, bien que herido, ordenó los ballesteros que habia en los buques dispararan de continuo sobre la caballería enemiga, para favorecer así el embarque de los suyos, logrando de este modo salvar los restos de su Orden haciéndose á la vela para Chipre.

El Patriarca y su séquito se embarcó en una chalupa la cual zozobró por el gran número de gente que contenia, pereciendo todos.

El desórden que se introdujo en Tolemaida cuando el musulman se esparramó por la ciudad, es indescriptible; los unos corrian hácia el mar que estaba libre, otros hácia la fortaleza del Temple, donde se atrincheraron, y como dicho castillo y cuartel estaban contiguos al mar, una parte de los que allí se habian refugiado, queriendo embarcarse, se ahogaron, por estar el mar agitado. 300 Templarios que se habian librado del furor musulman, tentaron pasar al puerto, pero siendo cortados en su retirada y no pudiendo romper los apretados batallones sarracenos que les cerraron el paso, volviendo grupas entraron en su cuartel y castillo para sepultarse entre sus ruinas. Anticipadamente se habian refugiado en dicha fortaleza muchas mujeres y doncellas, horrorizadas ya de la infeliz suerte que les esperaba, si caian en poder del bárbaro musulman.

